

*De las luchas indias al sueño americano.
Experiencias migratorias de jóvenes zapotecos
y tojolabales en Estados Unidos*

Alejandra Aquino Moreschi, 2012, México, Publicaciones de la Casa Chata, 358 pp.

Susana VARGAS EVARISTO
Universidad Nacional Autónoma de México

Actualmente, la población indígena de México ha mostrado una importante vitalidad migratoria hacia Estados Unidos. Entre los numerosos municipios y comunidades indígenas que expulsan población, Alejandra Aquino encuentra dos casos sobresalientes: Yalálag en la sierra de Juárez, en Oaxaca, y la comunidad zapotista de María Trinidad, en Chiapas. Lo particular de estos casos descansa, por una parte, en la presencia de proyectos de autonomía y de lucha política emprendidos por una generación con ideales de reconocimiento de sus identidades culturales y derechos políticos y, por otra, en la existencia de una generación de jóvenes empeñados en migrar hacia Estados Unidos ante las condiciones económicas desfavorables que se les presentan en sus comunidades. Partiendo de

esta disyuntiva, la investigación persigue un doble objetivo: *a)* estudiar el paso de la militancia en las luchas indias a la migración transnacional, y *b)* analizar la experiencia de estos inmigrantes en su nuevo contexto: Estados Unidos.

Para lograr sus objetivos, Alejandra Aquino recurre a una exhaustiva descripción etnográfica en la que logra dibujar minuciosamente las subjetividades y los conflictos generacionales de la población en estudio. Para ello echa mano de una etnografía realizada en múltiples sitios, la cual da la pauta para aprehender los distintos escenarios por los que los actores sociales se mueven. En el caso de la comunidad zapoteca, la autora ilustra con detalle lo que ha llamado “el despertar indígena” en la sierra de Juárez, Oaxaca, específicamente en la comunidad de Yalálag. Una

generación de intelectuales indios que nutrió su liderazgo luego de haber experimentado la migración a ciudades como Oaxaca y su paso por las universidades y escuelas normales en el marco del movimiento estudiantil de 1968, dio origen a la “generación de emergencia”. Enmarcada en los años ochenta del siglo xx, esta generación conformó un nuevo proyecto de organización política que impulsaba la afirmación positiva sobre el ser indígena y la lucha por la autonomía y la libre determinación. Se cuestionaban las prácticas institucionales que la colocaban como una población marginada sujeta a la dominación de los grupos de poder. Tal generación emprendió una ardua resistencia frente a las ideas asimilacionistas y de aculturación e impulsó una lucha por su autonomía respecto del Estado y los partidos políticos, colocándose como un proyecto contrahegemónico.¹

La comunidad zapatista María Trinidad, ubicada en la selva Lacandona, es el segundo caso de estudio que esta obra aborda para explicar el surgimiento del movimiento zapatista y el inicio de la migración de jóvenes hacia Esta-

dos Unidos. Este movimiento radical encontró identidad y fuerza con la frase “otro mundo es posible”. Aludía a una nueva forma de hacer política y concebir el poder, animando la necesidad de pensar en un orden mundial alternativo al capitalista. Este principio dio paso a la creación de una imaginación colectiva o “una imaginación radical” que, entre otras cosas, propició el Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo en 1996. El levantamiento zapatista en enero de 1994 terminó con el “agravio original”, representado por el dominio ganadero y terrateniente de la región, “arrebató al Estado el monopolio para dotar de tierra a los campesinos e impuso sus reglas y prácticas políticas en los pueblos”. (p. 60).

No obstante los logros que el movimiento zapatista trajo a sus militantes, al conformar comunidades autónomas y desarticularse del dominio del Estado a lo largo de la lucha, acarreó también sentimientos de fatiga, desesperación, agravio y pérdida de sentido. Esto redundó en un proceso de desmoralización, resultado de la estrategia de la guerra de baja in-

¹ Años más tarde, estas mismas demandas se verían articuladas al proyecto político construido desde abajo (indígena de izquierda y anticapitalista) del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en el estado de Chiapas.

tensidad encabezada por el Estado, de tal manera que la lucha zapatista supone –y supuso– un gran reto de resistencia para sus propios militantes en distintos niveles.

Ante el escenario político de ambas comunidades de estudio, Aquino se cuestiona: ¿existe un reemplazo generacional de militantes que dé continuidad a las luchas establecidas por las “generaciones de la emergencia india”? La respuesta queda evidenciada cuando los jóvenes zapotecos expresan que en sus pueblos “no hay futuro”, apuntando como única alternativa de superación personal y económica la migración internacional. Una suerte de diálogo y tensión surge entre los padres que formaron parte de una generación intelectual de lucha y la necesidad de sus hijos por ampliar sus horizontes, emprendiendo el viaje hacia Estados Unidos. En buena medida, esta investigación resuelve que la decisión de la migración internacional de los jóvenes indígenas responde a la ausencia de alternativas de desarrollo económico que la generación de emergencia no anticipó, en respuesta a las necesidades de las siguientes generaciones.

Por su parte, los jóvenes chiapanecos interrumpieron su participación en las bases rebeldes, al

ver en Estados Unidos una oportunidad de movilidad social. Nuevamente, el trabajo de Alejandra Aquino nos permite observar –entre el diálogo y el conflicto– cómo una generación y otra dibujan las coordenadas de lo que supone una “vida mejor”. Para las bases zapatistas esto último significa “trabajar sin un patrón”, “tener suficientes tierras”, “estar organizados”, “estar unidos” y “estar con la familia”. Paradójicamente, en su proyecto migratorio, los jóvenes encuentran una situación totalmente distinta de la idealizada por sus padres.

Los jóvenes de la comunidad zapatista hallaron en la industria agrícola un primer espacio para emplearse. Su inserción se encuadra en condiciones de suma precariedad y dependencia respecto de los mayordomos e intermediarios que les consiguen trabajo. Así mismo, su condición de migrantes irregulares los sitúan en un sistema de control basado en la “inferiorización jurídica”. A pesar de esto, es notable que los migrantes zapatistas, echando mano de sus limitados recursos, han tratado de modificar la situación de discriminación y abuso que viven, acercándose a sindicatos y organizaciones para informarse sobre sus derechos, aun en su condición migratoria.

Paralelamente, de forma estratégica, los jóvenes zapatistas accionan lo que Aquino llama “la fuga de los campos agrícolas” en busca de empleos que no los desgasten tanto físicamente. Estas acciones muestran una suerte de “capital militante” preexistente en los jóvenes zapatistas, el cual se moviliza en el marco de un contexto desfavorable para minimizar su situación marginal. Por eso Oliverio menciona: “Lo que viví con la organización, ya nadie me lo quita. Eso ya me quedó” (p. 187). Puesto que estos jóvenes zapatistas son pioneros de la migración internacional, sus redes aún son débiles. Esto propicia una condición que la autora nombra como de “nómadas flexibles”. Muestra de ello fue su contratación en el contexto del desastre que ocasionó el huracán Katrina en el estado de Misisipi, en Estados Unidos: “Los jóvenes chiapanecos pasaron de una condición de víctimas invisibles a mano de obra que limpió y reconstruyó lo que arrasó el huracán” (p. 210).

Otro ejemplo de empleo que se documenta en el libro es el servicio doméstico, en el que se concentran las mujeres zapotecas que trabajan “encerradas” en casas de la ciudad de Los Ángeles, California. Para Aquino, este tipo de

trabajo sintetiza un conjunto de “relaciones asimétricas, de subordinación hacia las trabajadoras, baja remuneración, horarios indefinidos, falta de acceso a derechos laborales o sociales, realización de tareas degradantes, limitación de la autonomía personal, entre otros”. La interseccionalidad que supone el ser mujer, indígena, indocumentada, morena, coloca a las zapotecas en un marcado “déficit de reconocimiento” que atenta contra su honor y dignidad. Las estructuras sociales y laborales en las que se desarrolla el trabajo doméstico reproducen relaciones sociales sustentadas en modalidades de *inferiorización*, *infantilización*, invisibilidad, sospecha contra las mujeres, dominación y explotación. Con esta tipología, Aquino muestra las “heridas morales” y sentimientos de agravio e indignación que experimentan las mujeres yalaltecas. Paradójicamente, en los relatos se manifiesta un ímpetu de lucha que denota su necesidad de visibilizar “su derecho al respeto y reconocimiento en la elaboración de una crítica personal y colectiva a estas formas de no reconocimiento” (p. 267). Como muestra de ello, en el contexto de la propuesta de la *Ley Sensenbrenner*, las mujeres yalaltecas indignadas hicieron escuchar su voz en el espa-

cio público. Aquino revela cómo las mujeres zapotecas que trabajan en el encierro bajo estructuras de dominación aprovecharon la coyuntura política y de movilización social para hacer escuchar su propia voz, aun enfrentando el riesgo de una deportación por exhibirse y marchar por las calles.

La investigación finaliza con sustanciosas conclusiones que invitan a reflexionar sobre la importancia de estudiar comunidades inmersas en procesos políticos de autonomía, en tanto que el contexto económico, social y cultural demanda a los jóvenes nuevas formas de definición y construcción de sus subjetividades. La obra desarrolla temas relevantes en el estudio de las migraciones internacionales de los pueblos in-

dígenas y el futuro de las nuevas generaciones. Sitúa una problemática sustancial que viven diversas comunidades indígenas entre la autonomía y el reconocimiento de sus derechos culturales, frente a la imposibilidad del reemplazo generacional, dadas las circunstancias económicas apremiantes que viven sus miembros. Para terminar, es importante mencionar que además de la ambiciosa agenda de futuras investigaciones con la que se concluye el libro, la obra evidencia la centralidad del método etnográfico como herramienta para documentar la intensa movilidad territorial emprendida por diversos grupos humanos, en este caso, los jóvenes zapotecos y tojolabales.

